

**Apuntes de la Escuela de comunidad con Julián Carrón
Milán, 23 de noviembre de 2016**

Texto de referencia: J. Carrón, «La forma del testimonio», Huellas-Litterae communionis, septiembre 2016, pp. VII-XII.

- *Al mattino*
- *Cry no more*

Gloria

En estos tiempos no faltan los desafíos, desde el terremoto a las elecciones americanas, del Brexit al referéndum constitucional, además de los desafíos personales que cada uno de nosotros, por distintos motivos (enfermedad, trabajo, etc.) tiene que afrontar cotidianamente. Se trata de ocasiones para verificar lo que estamos diciendo sobre la relación entre pertenencia y expresión cultural. Incluso el canto que acabamos de cantar dice esto —espero que en adelante traigáis todos el cancionero para poder cantar juntos—: «No llores más, porque Aquel que está a tu lado no te ha abandonado» (R. Veras-R. Maniscalco, «Cry no more», *Canti*, Coop. Ed. Nuovo Mondo, Milán 2014, p. 325). Una expresión cultural como esta nace únicamente de un cierto tipo de pertenencia, porque si no vivo una pertenencia que me permita no llorar, frente a las situaciones normales de la vida yo lloro como todos. Por eso hemos dicho de forma sintética que la expresión cultural puede tener su origen en una inseguridad existencial o bien en una certeza; y esto sale a relucir delante de todos y delante de nosotros mismos, sobre todo a la hora de afrontar las circunstancias. Cada uno ha podido ver cómo ha afrontado y está afrontando los desafíos. Y por tanto, cada uno ha podido verificar lo que nos decimos en *La forma del testimonio* citando a don Giussani: «Yo os pregunto si el problema de una fe que se convierte en cultura [que se convierte en expresión cultural], en capacidad de cultura, no radica mucho más en la certeza de la fe que en la sagacidad [en la inteligencia, en el análisis] del paso a la cultura» (p. VII). Esto es lo que debemos verificar: ¿Qué nos hace estar en la realidad con una expresión cultural distinta? Leyendo todas las preguntas que habéis enviado, es interesante constatar que existe un deseo de comprender mejor el significado de las palabras que usamos: testimonio, pertenencia, deseo, certeza, tarea. Son palabras que salen en vuestras preguntas, porque nos damos cuenta cada vez más de que no las podemos dar por descontado, es decir, los desafíos de la vida son de tal calibre que no nos basta con decir las cosas que ya sabemos, y por ello son una ocasión para volver a aprender esas palabras en toda su profundidad.

Estoy trabajando en La forma del testimonio desde hace algunas semanas. Tengo que darte las gracias por este texto, porque está suscitando en mí preguntas que antes no tenía y un gran deseo de entender. Tú hablas de pertenencia. Pero, ¿qué es la pertenencia? Te explico el porqué de esta pregunta. Durante muchos años he confundido la pertenencia con una máscara que tenía que ponerme y que ha impedido que mi yo saliera a la luz. Vivir la pertenencia como un esquema al que adecuarme ha

sido asfixiante para mí, hasta convertirse en un impedimento para comprender el camino vocacional que tenía que seguir. Cuando me rebelé ante este modo de concebir la pertenencia, empecé a entender quién soy y qué quiero de verdad, empecé a ir al fondo de las palabras «corazón», «razón» y «deseo», en las que don Giussani ha insistido siempre. Incluso ahora, diez años después de haber abrazado la forma vocacional definitiva, permanece en mí esta pregunta: ¿Qué es la pertenencia? No me conformo con lo que creo haber comprendido, porque la vida me plantea desafíos nuevos que no quiero que me pillen sin estar preparada. El riesgo de responder a los desafíos de forma no adecuada existe. Gracias por tu presencia, eres para mí un baluarte de la fidelidad al carisma de don Giussani y un gran apoyo en la fe.

Como tú dices, los desafíos de la vida suscitan en nosotros el deseo de comprender cada vez más a fondo la naturaleza de nuestra pertenencia, que está ligada al significado de las grandes palabras que decimos. Y por eso nace también un gran deseo de entender, de ir al fondo de las palabras fundamentales. Ya no nos conformamos con lo que ya sabemos. ¿Por qué? Es a causa de los desafíos, porque si yo no profundizo cada vez más en las cosas que nos decimos, me doy cuenta de que no estoy preparado. El motivo por el que deseamos comprender cada vez más es precisamente que la vida nos sorprende muchas veces sin estar preparados. Y esto expresa el vínculo que existe entre los desafíos que tenemos que vivir y la comprensión de las palabras del carisma. Si no nos viésemos constantemente desafiados por la provocación de la realidad, por todo lo que sucede, nos conformaríamos con repetir la cantinela. Y en cambio no es así. Los desafíos no son algo accesorio sino que, como dice don Giussani, son decisivos para comprender. Y por tanto, solo si nos los tomamos en serio podremos comprender. En tu caso, lo que deseas aclarar es la cuestión de la pertenencia: ¿Qué es la pertenencia? Frente a una pregunta como esta, cada uno de nosotros se ve provocado y tiene que empezar a trabajar. ¿Qué respondería yo a esta pregunta? No estamos aquí como meros espectadores, sino que somos protagonistas de lo que está sucediendo; aunque no intervengamos todos –porque es imposible que todos intervengamos–, todos podemos ser protagonistas si en este instante cada uno se dirige a sí mismo la pregunta: ¿Qué pienso yo de la pertenencia? Al hacerlo, empezamos a tener una hipótesis de respuesta, y podemos comparar entre lo que cada uno ha tratado de responder y lo que brota en la experiencia que haremos esta noche. De este modo, participar en un gesto como este nos pone a todos en camino. Digo sintéticamente, citando a don Giussani, qué es la pertenencia, sencillamente para empezar a entender; pero espero que poco a poco contribuyáis con vuestras intervenciones a responder a esta pregunta. «La pertenencia es una dimensión estructural del yo: no éramos nada, y ahora somos... [eso quiere decir que] ¡somos de Otro! Comprender esto [es evidente que todos dependemos porque nadie se hace a sí mismo, nadie] depende de un acontecimiento providencial, piadoso, amoroso [es un acontecimiento lo que me permite comprender la respuesta a esta pregunta]. Ese acontecimiento puede representar un *carisma*. Es la manera en que Dios te hace comprender que le perteneces». Solo si te das cuenta de que perteneces a Cristo a través de la historia que te ha aferrado, podrás ver si esta historia genera un yo capaz de mantenerse frente a cualquier desafío, como veremos luego. «Y por esto ya no puedes alejarte de ese acontecimiento, es decir, de ese carisma, de la forma en que Dios

te ha confiado esa verdad [que tú dependes de Otro], sin traicionar la verdad misma. La gracia es precisamente el don de Dios de que suceda ese acontecimiento que te permite comprender que perteneces» (L. Giussani, *Los jóvenes y el ideal. El desafío de la realidad*, Encuentro, Madrid 1996, p. 233).

He vuelto hace poco de Kazajistán, a donde he ido para ver a los amigos. Allí me ha impresionado mucho lo que me ha contado una musulmana –me ha parecido que es muy pertinente al trabajo que estamos haciendo ahora–, que trabaja desde hace diez años con una amiga nuestra en un centro juvenil en donde se ocupan de atender a refugiados y de ayudar a familias con minusválidos a su cargo. Esta musulmana nos contaba que su padre abandonó a su familia hace veinte años y se fue a vivir con otra mujer, y que ella siempre le había odiado y no había querido volver a verle. Nos decía que durante años entre ella y su padre solo había un muro hecho de silencio, un muro hecho de no verle, de no mirarle, de no ser capaz de mirar esa situación. Después de vivir estos diez años en el centro con los amigos –nos contaba– se empezó a introducir en ella un pensamiento, casi una duda, de que quizá la infancia que había vivido su padre (nada más nacer, sus padres lo habían entregado a otra pareja) no le había permitido mirar la realidad con una capacidad adecuada; y probablemente también la experiencia religiosa familiar que había vivido no le permitía gustar la realidad y disfrutar de ella. En cambio, ella se había dado cuenta de que la relación con los amigos católicos había cambiado su percepción de la realidad, es más, había introducido una mirada sobre las cosas y sobre las personas que –nos lo decía con asombro– no tenía antes. Esta mirada le había permitido, en un momento dado, romper el muro con su padre; de hecho, había empezado a darse cuenta de que su padre no había vivido esa experiencia y esos encuentros que le estaban permitiendo a ella volver a considerarlo presente en su vida. Mientras, su madre había enfermado gravemente y necesitaba asistencia continua. Hace unos cuatro años, cuando su padre fue abandonado por la mujer con la que estaba y se vio sumido en el alcohol, nuestra amiga musulmana completó un recorrido: fue a ver a su padre y le propuso que volviera a casa, cosa que el padre hizo. Desde hace tres años cuida a su mujer veinticuatro horas al día. Y añadía algo que para mí es importante. Decía que esta decisión no la había tomado de una vez para siempre, sino que cada día sentía todavía en su estómago, como si fuese un volcán, el magma del resentimiento, de la herida que tiende a explotar. Pero añadía que es más convincente ver el fruto del perdón, cuando ve cada día a su padre cuidando a su madre. Cuando escuché este relato me acordé de la carta del preso y de su mirada llena de misericordia hacia los vigilantes que lo cacheaban, y esto ha sido para mí una verificación más de lo que tú has dicho en la Página Uno, es decir, que la razón principal de nuestra amistad es el cumplimiento del corazón, y que la única respuesta a la nada es el cumplimiento del corazón, una victoria sobre el nihilismo debida precisamente a la experiencia que hacemos.

El padre y la hija, ninguno de los dos se trataba. ¿Cuál es la diferencia entre ellos? Que a la hija le ha sucedido un acontecimiento, es decir, la amistad con los amigos católicos, que ha cambiado la percepción de sí misma y de la realidad. Sin este encuentro habría seguido viviendo – como decía de su padre por su experiencia religiosa y afectiva– sin

que esta conciencia tomase cuerpo. Y gracias a esta conciencia nueva ha empezado a mirar a su padre sin juzgarlo solo por lo que había hecho, sino comprendiendo que a él no le había sucedido lo que le había sucedido a ella. Ha sido la pertenencia a un lugar lo que ha cambiado su mirada sobre la realidad. Una historia particular, la pertenencia a un lugar preciso, a unos rostros precisos, es lo que le ha hecho cambiar, y en lugar de tener una mirada moralista sobre su padre ha empezado a introducirse en ella una mirada distinta, hasta el punto de reconocer que su padre no había vivido en su infancia una experiencia que le permitiera abrirse a la realidad como en cambio le había sucedido a ella. Entonces deja de quejarse y va en busca de su padre para mirarle del mismo modo en que ella a su vez ha sido mirada. ¡Es sencillo! Esta es la pertenencia que hace que todo cambie. Por eso, como decíamos la última vez, la clave de la concepción del hombre, de la modalidad con la que nosotros nos concebimos y estamos en la realidad, es una historia particular (como la del «sí» de Pedro o de esta chica, como la que cada uno puede reconocer en sí mismo). Una persona que no podía estar aquí esta noche nos plantea una pregunta sobre otra palabra: certeza. «El trabajo sobre la Página Uno, no sé por qué, está sacando a la luz muchas cuestiones entre nosotros como hacía tiempo que no sucedía, o por lo menos no de este modo. Por ejemplo, ha surgido de forma potente este deseo de certeza. “Necesitamos certeza –me decía una amiga mía–, pero eso choca con nuestra fragilidad, con las circunstancias difíciles de todos los días”». Las circunstancias están haciendo emerger con sencillez la falta de certeza; y no es que antes no existiese, sino que ahora tenemos la libertad de mirar a la cara esta falta. Parece algo banal, pero es completamente distinto. Todo el paso que estamos dando es para poder abrazar incluso la fragilidad, las preguntas que tenemos sobre estas cosas, para poder empezar a mirarlas y a hacer un camino que nos permita afrontarlas. Pero la certeza de la fe de la que estamos hablando, ¿es fruto de un trabajo?

Estoy viviendo un periodo de sufrimiento y quiero pedirte ayuda. En los últimos años ha empezado a surgir en mí una pregunta que en este último periodo se ha hecho más fuerte y más dramática: ¿cómo es posible que el corazón desee cosas que luego se revela que no son para él? ¿Por qué permite Jesús que tu corazón desee algo, y tú vas detrás del deseo porque vislumbra ahí una posibilidad para ti, pero luego decide no dártelo? Últimamente esto supone para mí un punto muy doloroso, me cuesta mucho fiarme de que dentro de este dolor exista un bien. A lo mejor lo digo con palabras, pero en el fondo mi corazón tiene esta duda. A pesar de ello, Él no se cansa de suceder a lo largo de los días en pequeñas cosas sencillas, como para decirme: «Mira, es verdad que me importas, no me he olvidado de ti». Por ejemplo, la semana pasada volvía una noche del trabajo, tenía el corazón agitado, estaba exhausta y por casualidad me encontré por el camino con algunas amigas. Solo con ver su rostro, con ver su preocupación por mí, me sentí confortada y volví a casa más tranquila. ¿Te ha pasado alguna vez, cuando eres pequeño, que entras en tu habitación, te encuentras que está ordenada y piensas inmediatamente: «Ha sido mi madre»? Para mí esa noche fue así, distinguí precisamente Su mano, y dije: «¡Eres Tú!». Esto me ha recuperado, porque no me he sentido sola y me he descubierto de nuevo amada. A lo largo de las semanas hay muchos de estos momentos de gracia, y sin embargo me doy cuenta de que esto no

basta, porque cada vez que llega un nuevo día, a veces, al minuto siguiente este dolor vuelve, se manifiesta nuevamente y me hunde. Sin embargo, yo no quiero vivir así, con altibajos; me doy cuenta por tanto de que necesito hacer un trabajo, pero ¿cuál?

¿Cuál? Volvemos así a la cuestión del trabajo que nos permite llegar a esa certeza que queremos tener. ¿Es fruto solo de un trabajo? ¿Es solo para los más afortunados, solo para quien encuentra testigos? Y entonces decimos: «Me cuesta mucho fiarme», porque a veces Jesús te hace desear ciertas cosas y luego no te responde, o no te responde como tú has pensado que debería responder. A pesar de esto, no podemos dejar de reconocer ciertos momentos en los que verdaderamente sucede algo que documenta que Jesús está presente: puede ser un encuentro, puede ser un hecho absolutamente inesperado. La cuestión es que todos empezamos a entrever que se necesita un trabajo. Que es justamente lo que dice una amiga que me ha escrito: «Un hecho pequeñísimo. Leyendo la Página Uno, me ha impresionado muchísimo cuando, para explicar qué es el testimonio, hablas de la esterilidad [¿es solo para afortunados, es solo para gente capaz?]. “El testimonio –dices tú– es de Cristo en nosotros”, todo lo demás es una consecuencia. Me impresiona porque la forma del testimonio que veo en acto en mi vida está justamente dentro de mi esterilidad [no es para personas estupendas o para personas que son capaces de hacer algún tipo de *performance*]. La forma que tengo de reconocer que Dios actúa es que yo, siendo estéril, me vuelvo fértil. No tengo que llevar a cabo no sé qué estrategia o demostrar algo, sino descubrir Su testimonio en mí. Pongo un ejemplo [un ejemplo de este trabajo que está al alcance de todos]: la otra noche estaba volviendo a casa y estaba muy triste. Tenía que tomar el tren y llegar a casa, en donde no había nadie porque mi familia estaba fuera, ni siquiera estaba mi hermana. En definitiva, no me esperaba nadie. No había cenado todavía, y además tenía que hacer el trayecto a pie desde la estación a casa sola, con el frío que hacía. La situación era un poco desoladora, y contribuía en apariencia a empeorar mi estado de ánimo. Entonces me dispuse a tomar el tren y mientras subía pensé: “Ahora en estos cuarenta y cinco minutos que tardo en llegar a casa me duermo y así no pienso”. Me impresionó porque, según lo pensaba, me dije a mí misma: bueno, me duermo, luego me despierto, ¿y cómo he resuelto mi problema humano? Simplemente lo he retrasado tres cuartos de hora, pero la cuestión no cambia. Ciertamente, dormir habría me habría servido también para descansar, porque estaba muy cansada, pero era más para decir: “Basta”. Era una hipótesis para afrontar mi tristeza, pero no me habría llevado a ninguna parte; no solo habría retrasado el problema, sino que lo habría agudizado. Ante esta situación, pensé: “Pero yo tengo una hipótesis más interesante con la que afrontar esta tristeza” [que cada uno piense: ¿cuál es la hipótesis más interesante que podemos tener? ¿Algún espectáculo hollywoodiano?]. Entonces saqué el texto de la Escuela de comunidad. Al leerla me impresionaron muchas cosas, pero por encima de todas la de la esterilidad, porque ahí se describía algo que hablaba de mí. “Yo soy la mujer estéril, y Tú, Señor, te haces evidente justamente porque yo soy estéril, porque en absoluto saldría de mí la novedad que Tú traes”. Esto realmente me conmovió, y fue un reconocimiento tal de la naturaleza del testimonio de Cristo en mi vida, que me despertó por completo [basta únicamente con dejar abierta una grieta, con dejar entrar algo distinto] y leí toda la Escuela de comunidad con una voracidad y un asombro que no habría creído posibles,

deteniéndome a meditar cada frase. Y volví a casa a pie, con el frío, dando saltos. Había en mí una seguridad por esta novedad que había desempolvando y reconocido como real en mi vida, y que había barrido incluso la última resistencia que tengo cuando pienso: “No soy adecuada” (en el fondo, vivo el problema de la inadecuación dentro de todo lo que hago), porque Uno me había dicho: “La novedad consiste en que Yo he venido a tu vida para responder a tu drama humano, justamente desde dentro de tu inadecuación”. ¡Qué cambio de perspectiva! Por eso te entiendo cuando hablas de sorpresa, porque reconocerle a Él ha transformado toda mi tristeza en confianza, mi esterilidad se ha vuelto fertilidad, y la soledad que pensaba que sentiría en el momento en que llegara a casa se ha convertido en posibilidad de diálogo con Él y de compañía. Por eso, cuando volví a casa, aunque cenara sola, no estaba sola». Cristo no responde a nuestras imágenes porque quiere darnos algo más, algo más resolutivo, algo que responda verdaderamente a nuestra necesidad más profunda. Pero entonces, ¿por qué no nos fiamos? ¿Por qué nos cuesta tanto fiarnos de lo que muchas veces hemos visto y tocado en nuestra vida? ¿Por qué frente a tantos hechos que suceden no nos fiamos?

No consigo quitarme de la cabeza la última Escuela de comunidad, en especial la primera y la última intervención, que me parecen muy ligadas entre ellas. En estas últimas dos semanas me ha sucedido un hecho que me han permitido comprender algo. El hijo de mi hermano ha tenido que hacerse una prueba para diagnosticar una posible enfermedad, y el resultado ha llegado después de algunos días. Durante todo el tiempo de la espera me han invadido la incertidumbre y el miedo, hasta llegar a preguntarme en un momento dado: pero, ¿dónde está todo mi camino, mi experiencia, mi trabajo, mi fe, si al final basta tan poco para quitarme todas las certezas que creía tener? Y en esta circunstancia me he dado cuenta de lo poco que conozco la realidad, a mí mismo y los hechos que suceden, y de lo mucho que, en cambio, me creo que ya sé. Creo que la última intervención de la Escuela de comunidad sobre el «sí» de Pedro es el único modo para empezar un camino verdadero de conocimiento, que muchas veces se interrumpe en mí generando miedo, incertidumbre y malestar. Esto es lo que me sucede. Muchas veces, en realidad prácticamente cada vez, me quedo impactado por las personas y por los hechos que estas personas cuentan, pero difícilmente me impresiona lo que impresiona a estas personas.

¡Atención!

A estas personas les impresiona algo que se da antes; ¿cómo podría creer que me conozco a mí mismo y lo que sucede, si no conozco a Aquel que está en el origen de mi persona y de todo lo que sucede? Por eso me parece que el camino del conocimiento, de esos hechos que se convierten en una compañía en la vida y no son ya de «usar y tirar» (como se decía en la última Escuela de comunidad), si está ausente el origen que los ha generado, los origina y los genera, no es un verdadero camino, sino una serie ininterrumpida de pretensiones que con el tiempo me dejan triste y solo. El «sí» de Pedro nunca me ha parecido un esfuerzo moral, porque Pedro había llegado hasta el punto de no tener casi moral después de todas las traiciones que había cometido, exactamente igual que yo tengo todas mis traiciones. El suyo era un «sí» a lo que se daba antes en su vida, que era su única posibilidad de poder conocerse a sí mismo y lo

que le estaba sucediendo. Quiero entender mejor, y por eso te pregunto, cómo se produce la posición que genera este sí, que genera un modo nuevo de conocer.

¿Qué dices tú? ¿Qué nos falta, para que muchas veces este «sí» no se produzca, a pesar de todo lo que sucede?

Me doy cuenta de que eso que se da antes lo doy muchas veces por descontado.

¿Qué es lo que se da antes?

Mi relación con Cristo.

El origen de lo que sucede. Si en los hechos que suceden no reconocemos el origen que los provoca, entonces, ¿por qué deberíamos fiarnos? ¿Cómo podemos fiarnos de verdad? Solo podremos hacerlo si identificamos lo que viene a nuestro encuentro en esos hechos, en ese rostro, en esa circunstancia, en ese momento de Escuela de comunidad, en ese texto: la presencia del Único que puede responder y que puede desencadenar en ti un cambio cuando te dice: «¿Me amas?». «Sí». El «sí», como nos ha dicho don Giussani, la moralidad, el movimiento de la libertad, nace únicamente delante de una Presencia. Como ha dicho antes la amiga que ha intervenido, el problema es que cuando volvemos a nuestra habitación y la vemos limpia y ordenada, no podemos evitar decir – y no porque seamos más capaces–: «¡Ha sido mi madre!». Esto genera un afecto a nuestra madre que no nos deja solos. No debemos rendirnos a la reducción que nos lleva a pensar que la habitación se habría ordenado por una magia especial, o que ese hecho que hemos visto y que nos ha impresionado sería simplemente una *performance* extraordinaria de alguien; no, los hechos son la documentación del origen, de algo que se da antes. Si nosotros no llegamos a la fe, al reconocimiento de una Presencia que me toca ahora a través de los hechos, estos últimos no dejan huella, y yo me encuentro a cada momento desprovisto nuevamente de lo que, sin embargo, he visto. No estoy diciendo que el hecho de haber visto anule la necesidad de entrar en relación cada vez con este origen, sino que, al haber visto, ya no me concibo solo. Y cuando nos damos cuenta de ello, cuando esta historia entra poco a poco en nuestras fibras, esto genera un modo distinto de estar en la realidad.

Hace algunas semanas mi padre sufrió un ictus como consecuencia del cual se ha quedado paralizado, sin poder hablar ni comer. La noticia hizo brotar en mí toda la exigencia de sentido que caracteriza el corazón, y cuando brota me impresiona, porque desde hacía mucho tiempo ya no sentía toda su potencia y su dramaticidad. Enseguida se me planteó el problema del conocimiento: ¿por qué esto? Aquella noche, mientras iba a urgencias, estaba extrañamente invadida por el pensamiento de que Cristo, a través de ese hecho, me llamaba, pedía mí sí, despertándome del sopor en el que me encontraba. Y este pensamiento me hacía percibirme acompañada por Él y me daba paz. No podía dejar de reconocer que dentro de aquella circunstancia dolorosísima Él ya estaba allí, porque la experiencia de esa extraña paz era clarísima. La nota dominante de estos cincuenta días es el deseo de comprender, de conocer y de ver a Cristo en acción, porque frente a un hecho mucho más grande que yo no puedo partir de lo que sé o de lo que querría como imagen y deseo bueno o de un discurso religioso. Cuando me miro en acción, con frecuencia me veo dominada por dos formas de mirar la realidad. La primera parte de mi idea de cómo debería estar mi padre, de qué

necesita, de cómo habría que cuidarle, de cómo debería volver a vivir; pero cada vez que me encuentro delante de su habitación determinada por estos pensamientos, me falta el aliento y se apodera de mí un malestar fortísimo que me impide incluso entrar, porque la realidad no se mueve. La otra mirada tiene un origen distinto, y está llena de todo el peso de mi historia, de la vocación, incluso de la memoria de ese instante mientras iba a urgencias en coche, y esto me hace estar verdaderamente contenta y libre, porque todo lo que sucede (si duerme o si está despierto, si me reconoce o no) no me deprime, es más, forma parte del diálogo entre el Misterio y yo. Es matemático: cuando entro con la tensión por reconocer a Cristo, veo cosas que de otro modo no veo, o mejor, veo que las cosas de siempre tienen una raíz de bien, como el rostro de mi padre, que no habla solo de sufrimiento y de confusión, sino que expresa sobre todo que existe, que está vivo, agotado y enfermo pero vivo, y por tanto que es hecho, originado en ese instante por Otro. Un día mi padre estaba enfadado y no dejaba de hacerme señas para que me marchara. Entonces yo me senté en el lado de la habitación en el que no podía verme, y me dejé provocar. No quería quejarme, quería comprender de dónde venía toda aquella reacción, y para entenderlo tenía que obedecer a lo que tenía delante sin separarme un milímetro. Mirándole me di cuenta de que movía frenéticamente la pierna que no estaba afectada por la enfermedad, y entonces le pregunté tímidamente si quería hacer un poco de gimnasia. Al sentirse comprendido en su necesidad, se le iluminó la mirada y yo, que nunca me había sentido mirada así por mi padre, conmovida, comprendí que Cristo estaba sucediendo de nuevo. ¿Cuál era la necesidad de mi padre? ¿Hacer un poco de gimnasia o sentirse comprendido en su necesidad verdadera, que es la de ser amado tal como está ahora? Y yo, ¿qué es lo que necesito, si no es eso mismo? Esa mirada atractiva me conquistó y no la cambiaría – ¡jamás! por todas las miradas, incluso afectuosas, que nos hemos intercambiado toda la vida.

Esta es la pertenencia vivida que puede generar una mirada que permite ver algo que uno de otro modo no puede ni imaginar. ¿Cuánto tiempo se necesitará? No lo sabemos, pero es posible. Es posible. Y esto determina todo –por eso todo lo que hacemos tiene como finalidad generar un yo así–, incluido el inminente referéndum.

Quiero darte las gracias por el trabajo que el movimiento nos está invitando a hacer también en la circunstancia del referéndum. Trabajando sobre el manifiesto con nuestra Escuela de comunidad, el lunes pasado se produjo un momento de tensión. Me disgusté enseguida, y no sabía cómo reaccionar. Después, según pasaban los minutos, se aclararon algunas evidencias. Nosotros somos los primeros afectados por la enfermedad de la dialéctica, tenemos que hacer todo el camino para aprender de nuevo a dialogar. La incomprensión nació porque, mientras uno hablaba, el otro estaba convencido ya de ciertas cosas. El manifiesto es el camino, no la premisa. A mí también, al principio, me costaba mucho comprender por qué se había elegido una posición tan discreta, soft; en cambio, ahora reconozco que esa posición nace de la certeza de que no debemos imponer nada, sino únicamente proponer una mirada que sea reflejo de Su mirada. Verdaderamente, la posición cultural nace siempre de la pertenencia. De hecho, cuando se enfría la pertenencia somos presa de los expertos, del

instinto o de una nostalgia de esquemas del pasado. Creo poder decir –corregidme si me equivoco– que una mirada así se pone necesariamente a la defensiva e incluso en contra, que es justamente lo contrario de la salida a la que nos invita el Papa. Ninguno de nosotros puede enrocarse en la presunción de tener la respuesta adecuada, pero existe también el riesgo de una disponibilidad fingida, que es buenista pero falsa. La apertura de la que hablamos solo puede brotar de mendigar el corazón del otro. Al día siguiente estaba un poco confuso, pero sinceramente agradecido. De hecho, ¿sabes qué ha sido para mí lo mejor de todos estos descubrimientos? Comprender un poco mejor el método de Dios, del padre con el hijo pródigo, es decir, de una espera del otro tan llena de deseo que puede renunciar a todo de sí mismo: los principios, las buenas reglas, el orgullo, incluso las convicciones políticas o los posicionamientos, para buscar un bien mayor, una verdadera comunión. He podido saborear así una gran promesa en la relación con mis hijos. Seguramente no será fácil, pero será una propuesta fascinante a su libertad y a la mía. Después de aquel día decidimos escribir a nuestros amigos de la Escuela de comunidad para fijar algunos puntos que habían surgido: «Primero: la gratitud por lo que ha sucedido. La vivacidad del encuentro es una gracia. La presencia de algunos amigos ha sido un regalo por el que estamos agradecidos, porque indudablemente nos ayuda a comprender mejor las cuestiones que están en juego. Pidamos que nuestra Escuela de comunidad tienda cada vez más a ese nivel de seriedad y de compromiso con la vida y de apertura a todos. Segundo: el reconocimiento de una propuesta libre y personal. El manifiesto del movimiento es una propuesta libre y personal, el único e insustituible camino para conquistar un conocimiento más profundo, verdadero y gustoso de la vida. Nos perderíamos lo mejor si archivásemos su contenido en una carpeta de “ya sabido” para saltar a las conclusiones. Para hacer un test, preguntémosnos: ¿estamos dispuestos a cambiar de idea cuando encontramos una razón más fascinante y correspondiente? ¿Estamos dominados por el temor de perder las certezas del pasado o estamos dispuestos en última instancia a otro inicio? Tercero: un tesoro escondido. Hay en juego mucho más que el referéndum: empezar nuevamente a dialogar en vez de hacer dialéctica. El tesoro escondido dentro de esta circunstancia es aprender a estar “con”, con la persona más familiar para nosotros así como con el extraño que acabamos de conocer, con el alumno así como con el compañero. Una posición que estuviese basada en principios justos, pero carentes de incidencia en la historia, ideológica en último término o cerrada en sí misma, no ayudará al mundo, pero sobre todo no me ayuda a mí. Solo una apertura al otro llena de simpatía humana, sin prejuicios, dispuesta a sacrificarse por el bien común, podrá vencer las diferencias y la indiferencia y llevar lo más querido que tenemos en la vida: Jesús».

Gracias. Una circunstancia como esta puede ser la vía para empezar un camino. Pero, ¿qué pasa cuando la vida urge de forma todavía más dramática, cuando sucede algo como el terremoto?

Se pone en juego toda la persona, incluida la fragilidad, y todas las preguntas a las que parecía que ya había una respuesta. Entre otras cosas, hemos perdido la casa por segunda vez en diecinueve años, siempre a causa del terremoto (¡con una era

suficiente!) Y ya no nos basta limitarnos únicamente a la idea de ponernos en juego para reconstruir, para volver a vivir como antes, para poner una etiqueta cristiana al sufrimiento. Entonces, la pregunta sobre qué es lo que nos mantiene en pie, sobre qué es lo que nos ha salvado, y cómo reconocerlo, ha sido una pregunta muy aguda, con todos los acentos dramáticos o angustiados o incluso un poco deprimidos, a veces. Ninguna organización, ningún esfuerzo mío o de mi familia o de grupo puede tapar ese agujero. Mi mujer ha sentido enseguida sobre ella la pregunta que se le hace a Pedro: «¿Me amas en esta circunstancia?». Pero no sabía responder. Un amigo sacerdote me decía por teléfono: «Para responder se necesita un recorrido, un camino». Y yo diría que el nuestro ha empezado mal, porque ha sido un recorrido de fatiga, después de un segundo temblor todavía más fuerte que el otro, de miedo, de huida a 70 km hacia la costa junto a miles de personas, en un clima de éxodo, pero también con el deseo de escuchar a amigos, conocidos, de sentirnos seguros (es algo normal), con la gratitud de que existimos, de que hemos sido salvados, conmovidos por la acogida tan discreta, que era la que hacía falta, en donde estamos ahora, pero también a la vez con la incertidumbre, la fragilidad y el sentido de impotencia, de incapacidad, de inadecuación, de temor, de inutilidad, llenos de confusión, de indecisión: pero el encuentro que hemos tenido, ¿no tenía que salvarnos de todo esto? ¿Dónde está? Casi con la vergüenza por sentirnos presa del espanto y del dolor, de nuestra huida. Pero no nos hemos puesto una máscara. Y esto nos ha salvado de muchas cosas, en mi opinión, nos está salvando muchas cosas. No nos hemos puesto la máscara, porque algunos amigos nos han acogido tal como somos, sobre todo. Cuando intentaba darle un poco de tranquilidad a mi hija diciéndole que las cosas se organizarían, en un momento, enfadada, me dijo: «Pero yo necesito a mi amiga [de eso se trataba] ahora». Y lo mismo ha sido para nuestros dos hijos mayores, que tienen algo que le ha permitido a uno de ellos afirmar: «Las condiciones han cambiado, pero yo siempre soy yo», y al otro volver y trabajar a la zona del terremoto, a pesar de todo el miedo que puede tener, hasta llegar a decir que el terremoto en el fondo es un estímulo. ¡Bienaventurados ellos! ¡Si, es un estímulo un poco fuerte! Sin embargo, nos han enseñado a dar un primer paso. Nos han venido enseguida a la mente algunas personas, a las que hemos llamado inmediatamente para tenerlas allí diez minutos, a lo mejor personas que están con nosotros acogiéndonos. Pero la exigencia ha sido siempre y es reconocer ahora, en este caos personal y de todos, la presencia de Aquel que nos ha hecho, que ha salido a nuestro encuentro, que nos ha hecho cristianos, porque no nos la podíamos quitar de encima, pero con todas las preguntas, porque ya no era obvio que sucediese algo. El 31 de octubre hicimos una comida juntos, toda la familia, y se sumó el amigo de uno de mis hijos. Nada especial, comimos y ya está. Al día siguiente escribe: «Tenéis una certeza que no he visto en nadie que haya sufrido daños incluso más leves que los vuestros. Sois anormales. Tenéis un punto desde el que volver a empezar». Yo le llamo por teléfono: «Pero, ¿qué dices? Ni siquiera sé dónde está esa certeza, me parece que estoy vacío». Mi mujer decía: «Estamos vacíos». Una semana más tarde llega una amiga con su marido. También aquí una cosa muy sencilla. Nos escribe: «Vuestra serenidad testimonia la certeza en aquello que no se derrumba: Cristo vivo entre nosotros. Necesitamos ver esto, y vosotros nos lo mostráis porque se

ve que vosotros solo necesitáis esto». Nos quedamos un poco sorprendidos, nos parecía en realidad que no teníamos nada. Una semana después viene otra amiga (todo relax y familiaridad) y nos escribe: «Hablar con vosotros me sostiene». Y también el hijo de un vecino: «No tenéis el mismo rostro que mis padres». Otro me señala lo que vivimos y lo que decimos: «Pero, perdona, ¿te parece normal?». Hasta ahora mismo: la persona que me ha traído aquí en coche me ha dicho más o menos lo mismo. Nosotros nos hemos sentido al principio casi fastidiados, como diciendo: yo no veo nada, ¿qué es lo que ven estos? Pero después, poco a poco, nos hemos dado cuenta de que son como las manos que nos devuelven a nosotros mismos, que nos dicen qué relación nos constituye. Y en realidad somos nosotros los que se lo hemos dicho a ellos. Es como si fuese un círculo de ayuda, no sabría cómo llamarlo. Yo necesito de estos ámbitos de libertad que pueden llevar a alguien a decir, como nos ha dicho Prospero cuando ha venido a Las Marcas, que se puede incluso tener miedo, pero de forma distinta. Tú decías antes: «Lloramos como todos». Sí, lloramos como todos, pero de forma distinta, evidentemente. Y aquí yo entiendo la cuestión de la forma, de la expresión, porque esta forma y esta expresión es Uno que vive en mí. Es Uno que vive en mí y que se me da de nuevo a través de personas, de rostros, de lugares de libertad. Después Dios hará crecer lo que quiera, quizá en el hueco de una escalera, pero no es eso lo que importa.

Esta es la razón última de la pertenencia, y tú la has explicado de forma completa. Porque cuando todo se derrumba y uno se pregunta: «Pero, ¿acaso no tenía el encuentro que salvarnos de todo esto?», tú te sorprendes teniendo dentro de ti una diferencia de la que no te habías dado cuenta suficientemente; y esta situación te vuelve absolutamente consciente de que no puedes generarla por ti mismo, hasta el punto de que inicialmente no te das cuenta de ella, sino que se dan cuenta todos los que están a tu alrededor y te hablan de la diferencia que llevas incluso teniendo el mismo miedo que ellos. Los demás no se equivocan, ven en vosotros algo que es más profundo que sus miedos, más profundo que cualquier descripción psicológica, algo que es capaz de aferrar el centro de la persona y de llenarles de asombro. ¿Quién da testimonio? ¿Dónde está la adecuación? Justamente en la mayor inadecuación, en la mayor esterilidad, aparece Aquel que da testimonio en nosotros y que se llama Cristo. Pero Cristo, ¿cómo ha llegado? A través de una historia particular, a través de un lugar de pertenencia al que uno seguirá hace referencia, que permite reconocer la Presencia de quien nos ha hecho. Es exactamente lo que leíamos al principio, en la descripción de la pertenencia que nos ofrece don Giussani. Nosotros estamos juntos solo y fundamentalmente por esto. Esta es nuestra expresión cultural. Cuando la vida apremia son los demás los que nos dicen cuál es nuestra contribución al mundo. Los demás nos dicen cuál es nuestra tarea, haciéndonos conscientes de la diferencia que llevamos en nosotros, hasta tal punto están tocados y agradecidos. Como escribe también otro amigo que ha trabajado en estos días en los trabajos de reconstrucción. Al término de un período de trabajo en la zona, una persona le dice despidiéndose de él: «“Las personas de Nursia que han trabajado contigo quieren hacerte un regalo”. Una bolsa con paquetes de lentejas. Me quedo sin palabras. Al ir hacia el coche me dicen: “A nadie se le había hecho un regalo antes de hoy”. Después paso a despedirme del ingeniero responsable de toda la cuestión técnica; me para y me dice: “No lo digo por retórica, en estos dos meses, con toda la gente que

ha pasado por aquí, solo se lo he dicho a una persona antes que a ti. En poco tiempo te has convertido en un punto de referencia aquí dentro. Tendrías que quedarte otras dos o tres semanas. Y si no vuelves, ¡hacemos que te llame directamente el alcalde!»). Son los demás los que nos dicen qué hay en nosotros que les interesa. Entonces, cuando sucede esto, nosotros no somos payasos, sino que nos convertimos en una presencia que introduce en todos la esperanza. Este es el testimonio que Él da. Pero si nos quedamos solo en la apariencia y no vamos hasta el origen último que hace posible esta diferencia –porque nadie podrá imaginar que es algo que hemos generado nosotros–, cuando nos hallemos ante los desafíos de la vida no estaremos preparados para afrontarlos. Cuando lo reconocemos, ¡no podemos dejar de estar agradecidos! Y aquí se pone de manifiesto toda la dramaticidad de la pregunta: «¿Me amas?», «¿me amas?». Y no un: «¿Me amas?» genérico, sino: «¿Me amas, cuando vengo a aferrarte a través del rostro de una compañía concreta, de una pertenencia histórica que te hace ser así?». Cristo nos hace comprender la pertenencia generando un lugar en donde sucede esta pertenencia, para nosotros y para los demás, suscitando una simpatía humana que nos abre a todos sin miedo.

La próxima Escuela de comunidad tendrá lugar el miércoles 21 de diciembre a las 21 horas.

Al haber terminado el trabajo sobre la Página Uno, retomamos la lectura de *Por qué la Iglesia*. Empezamos la Segunda sección: *EL SIGNO EFICAZ DE LO DIVINO EN LA HISTORIA. Cómo se ha definido la Iglesia a sí misma*. «Signo eficaz»: ahora entendemos mejor el porqué de ese «eficaz»; todo aquello en lo que profundizaremos, de hecho, es lo que hemos escuchado esta noche. Si nosotros separamos lo que leemos en el libro de lo que hemos escuchado esta noche, las palabras del libro se convertirán en palabras vacías que no nos dirán nada. Si pueden parecernos vacías no es porque lo sean realmente, sino porque separamos las palabras de lo que ha sucedido aquí esta noche.

En este mes trabajaremos sobre la Introducción de la Segunda sección y sobre el primer punto del primer capítulo «El factor humano» (desde la página 169 a la 185), porque la comunicación de lo divino pasa a través de lo humano.

La Escuela de comunidad es una ayuda para verificar que la fe tiene que ver con todo, como hemos visto, de modo que nuestra experiencia se convierta en juicio crítico y sistemático sobre todo.

Os recuerdo que las contribuciones tendrán que enviarse a la dirección de correo electrónico sdccarron@comunioneliberazione.org: para los extranjeros antes del viernes por la noche, y para los italianos antes del domingo por la noche previo a nuestro encuentro, de modo que pueda tener el tiempo para leerlas. Os pido que incluyáis también un número de móvil para poder contactar fácilmente con vosotros en caso de que seáis invitados a intervenir.

El Cartel de Navidad de este año tiene como imagen un fresco de Giotto con la *Natividad* de Asís, y como texto una frase de San Bernardo de Claraval: «Quiso venir Aquel que podía contentarse con ayudarnos». Habría podido mandarnos cualquier

ayuda sin venir en persona, como dice el centurión a Jesús: «Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y ni criado quedará sano» (Mt 8,8). Habría podido ayudarnos desde el cielo, ahorrándose la Encarnación, y en cambio «quiso venir Aquel que podía contentarse con ayudarnos». Ahora podéis empezar a entender por qué hemos elegido esta frase, que leo entera: «Habitantes del mundo e hijos de los hombres, escuchad. Los que yacéis en el polvo, despertad jubilosos; el médico se acerca a los enfermos; el redentor, a los esclavos; el camino, a los extraviados; la vida, a los muertos. Se aproxima el que arroja todos nuestros pecados al fondo del mar, el que cura toda enfermedad, el que nos lleva en sus mismos hombros para devolvernos nuestra propia y original dignidad. Su poder es enorme, pero su misericordia es todavía más admirable, porque quiso venir, así, con la eficacia de su remedio»

El libro del mes para diciembre y enero es *Para vivir la liturgia. Un testimonio* (San Pablo). Es uno de los primeros libros de don Giussani publicado por Jaca Book en 1973, que ya no estaba disponible en las librerías. La nueva edición ha sido preparada por don Francesco Braschi, al que damos las gracias por este trabajo. Será interesante ver, también con respecto a la liturgia, toda la capacidad de don Giussani de declinar los detalles más pequeños, conectándolos con la profundidad de la vida de la Iglesia y de la vocación de cada uno.

Se nos presenta la liturgia precisamente porque es el punto sintético de una posición cultural: el modo con el que no solo se celebra, sino se comprende la liturgia, se convierte en la manifestación de la raíz de la cual obtiene su origen la actitud hacia el resto de campos y temas de la vida.

Es impresionante ver la preocupación con la que el papa Francisco nos reclama continuamente a prestar atención a los pobres y a las muchas necesidades de nuestra sociedad. La Campaña de AVSI y la Jornada de Recogida de alimentos, junto con la caritativa, son gestos sencillos que el movimiento nos propone desde hace años para aprender la razón de esta atención, que don Giussani aclara en el cuadernillo *El sentido de la caritativa*: «Puedo entender del todo la palabra “caridad” solo cuando pienso que el Hijo de Dios, al amarnos, no nos envió sus riquezas –como hubiera podido hacer, cambiando radicalmente así nuestra situación–, sino que se hizo indigente como nosotros [«Quiso venir»], “compartió” nuestra nada. Nosotros vamos a la caritativa para aprender a vivir como Cristo». Vamos para compartir, como hizo Cristo con nosotros.

El próximo sábado 26 de noviembre tendrá lugar la Jornada de Recogida de alimentos, un evento que se ha convertido ya en un gesto de participación popular: son muchísimas las personas, las asociaciones y las entidades –mucho más allá de la realidad del movimiento– que se implican en la realización de dicha Recogida, porque es un gesto tan claro que es reconocido también por los demás. Y la implicación es grande también por parte de quien da, de quien don alimentos, hasta el punto de que don Giussani definió esta Jornada de Recogida como «el fondo común de los italianos».

Este año la Campana para sostener algunos proyectos de AVSI en el mundo, como ya he señalado, tiene como hilo conductor el tema de los migrantes y refugiados, con particular atención a la cuestión educativa y laboral. En el sitio de AVSI están disponibles las informaciones y los instrumentos para la realización de dicha campaña. Este gesto puede ser realizado con la creatividad y la pasión de cada uno en distintos ámbitos de la vida.

Veni Sancte Spiritus